

EL LABRADOR BASCONGADO



I

Nuestro casero es el pensador por excelencia, y mientras trabaja en las rudas faenas, su cerebro no deja de descansar, siempre maquinando sobre el tema que le sea propicio en aquellas ocasiones. Necesita llevar con alguna anticipación el asunto bien estudiado, ya para obrar con el mayor acierto como para estar siempre *al quite* de las preguntas y respuestas que pudieran objetarle al tratar de sus pretensiones.

Conviene hacer constar también, que por educación y *alta política* no entra en su repertorio el uso de las afirmaciones ó negaciones categóricas, y que solamente á fuerza de compromisos puede llegar á ellas, no sin que antes les preceda una serie de preámbulos y rodeos.

Preguntadle si necesita algo, ó si desea tal cosa y os contestara empleando palabra tan castellanizada como *igual*, sin usar el *si* ó el *no*; decidle si está conforme la cuenta referente á ciertos productos que os ha vendido y que la pagáis en el acto, y después de haber contado bien las monedas os responderá en los siguientes ó parecidos términos: *estará bien cuando usted así me lo dice*.

Se explica muy bien en él ese recelo y hasta misterio con que procura rodear sus asuntos, porque han cambiado indudablemente *aquellos tiempos* y va caducando el valor que entonces tenía la palabra empeñada, por cuanto hoy la picardía adquiere prosélitos en todas circunstancias y situaciones.

Como filósofo á su manera, raras veces se encuentra muy satisfecho ó por lo menos procurará no decirlo, y será contada la vez en que haya manifestado *que tiene excelente cosecha*, ni que *el tiempo es hermoso y muy favorable al campo*, sino que se concretara á repe-

tir que este año *es mejor* la cosecha que en los anteriores y que el tiempo *si continúa* será bueno para el campo.

Nada digamos de la revelación de sus ahorros, que si bien ahora las Diputaciones les designan con sus *Cajas* el lugar adecuado para guardarlos, nadie podría figurarse el arca ó depósito donde sepultaban su modesto capital. Y todo esto se comprende muy fácilmente al considerar lo que cuesta al casero ganarse el ordinario sustento, siendo él trabajador verdadero, porque efectivamente, apenas amanece da principio á sus tareas no interrumpidas hasta ocultarse el sol, si hemos de exceptuar el corto intervaño que necesita para su frugal comida, y como es natural, de aquí se desprende que el fruto de sus sudores lo cobijen con tanto anhelo y cuidado; así es que cuando alguien les dice que por ahí en las grandes capitales se habla de la jornada de ocho horas, con irónica expresión que encubre sus palabras responden: «medradas estarían estas tierras, nosotros mismos y hasta todos los seres vivientes, si no trabajásemos más que ocho horas diarias».

Su constante pesadilla es *la contribución*, y por tanto, siempre que por sus contornos divisan al alguacil suelen escamarse, como decimos vulgarmente, porque entienden que no vendrá por el grato placer de visitarles, subiendo de punto esta extrañeza cuando la persona que aparece en aquellos parajes les es completamente desconocida.

Si bien nuestro casero es de carácter afable, después de mirar y contemplar al huésped extranjero, no deja de repetir para sus adentros como resultado de su primera inspección, y rascándose la cabeza con la boina torneada: *este señor mejor vendrá á quitar que á darnos*, pero si llegamos á familiarizarnos con él hablando bascuence, ya entonces nuestro *baserritar* da un cambiazo, tornándose en el amigo más cariñoso y servicial.

Sus distracciones predilectas son aquellas en que domina el factor *fuerza*, así es que para ellos es un *gran hombre fulano de tal que levanta tantas arrobas*, y por eso el día que se celebran esas fiestas (que afortunadamente son escasas) dejan el trabajo y acuden muy gozosos á ellas. El juego de hacha, el de cortar la yerba con la guadaña ó con la hoz, y el de levantar las pesas, son los que predominan, desarrollando el hombre sus fuerzas, cuando no sus habilidades y sagacidad. Como buenos andarines que son, para ellos no hay distancias, y desde leguas y leguas acuden al sitio designado para la celebración de sus diversiones favoritas.

En San Sebastián presenciamos una de estas fiestas del casero, el verano pasado, siendo el lugar señalado la plaza de toros para dar mayor contraste al espectáculo. Aparte de los caseros de estas cercanías (aunque estos constituyen la *hig-life* con relación á los que habitan en el interior) llegaron buena porción desde puntos bien distantes, habiendo periódico que calculaba en unos *cinco mil* el número de estos, que, con boina y blusa azul, más la clásica alpargata, se consideran los seres más felices; y lo son así, porque no piensan en huelgas y son trabajadores de verdad, es decir, desearían que el día contase más horas para sacar más fruto á sus tierras, y no están afiliados á más secta que el amor á la familia y al caserío, digna herencia que recibieron de sus antepasados, siendo los que prácticamente han resuelto la cuestión social.

Hay detalles del espectáculo que no debemos dejar de consignarlos; porque, en efecto, aquel comenzó más tarde de la hora anunciada, lo que en otras partes hubiera provocado grandes protestas, y sin embargo aquellos *gizones* aguardaban silenciosos con la paciencia de Job; también después de bastantes pruebas de los dos combatientes y de realizadas numerosa apuestas, el Jurado ordenó que se devolvieran porque los *dos hérocles* en virtud de las compensaciones habían quedado iguales, y aquel ejército de... *niños* con apariencia de hombres, respetaron humildes y silenciosos el fallo del tribunal.

Vengan aquí los filósofos y pensadores modernos y saquen las consecuencias que se deducen del hecho que consignamos.

Seguramente que en otras partes sería necesario sacar la caballería, infantería y hasta artillería al frente de esa agrupación de tan buenos mozos y aquí no solo bastaron sino que *sobraron* los *seis miqueletes* que estaban en la plaza de toros. Apuntemos un nuevo dato: si en otros lugares se practicará una requisita detenida á un compuesto de cinco mil hombres, allí aparecerían navajas, pistolas, puñales, etc., de ese horroroso repertorio que da carne á los presidios, y en cambio, llevada á cabo esa operación en aquellos *baserritarras* hubieran encontrado si, algunas *makillas* y una buena colección de... *pipas de barro*.

RAMÓN SORALUCE.

(Se concluirá)

